

En el aniversario del asesinato de Rabin, por Raphael Schutz

3 de Noviembre de 2008

Mañana, 4 de noviembre, es el decimotercer aniversario del asesinato del primer ministro de Israel Yitzhak Rabin por un extremista judío. Muchos artículos e incluso libros se han escrito sobre el significado del asesinato y las implicaciones del mismo en diferentes ámbitos. Me centraré sólo en dos aspectos: las consecuencias que ha tenido para la democracia israelí y cómo ha influido en las relaciones de Israel con sus vecinos palestinos.

El asesinato fue la culminación de un proceso de polarización ideológica experimentado por la sociedad israelí con el trasfondo de los acuerdos de Oslo. Rivalidades políticas legítimas se fueron deteriorando en aquellas semanas, derivando en manifestaciones de hostilidad y odio. La violencia estaba en el aire. El asesinato, por chocante que fue, no tenía por qué sorprender a quienes leyeron correctamente el mapa de la realidad. Hoy es fácil llegar a esa conclusión, pero en 1995 muy pocos lo hicieron. La mayoría de los israelíes -políticos y responsables de seguridad incluidos- pensamos entonces: nuestra democracia es fuerte e inmune ante este tipo de fenómenos. Nos equivocamos.

En el corto plazo, el trágico asesinato frenó la escalada del odio; un proceso interno de reflexión condujo a un descenso en los niveles de la discusión y a la vuelta del debate democrático a líneas aceptables y legítimas. Pero temo que no se ha hecho lo suficiente. Hoy, cuando existe la posibilidad de que estemos próximos a una toma de decisiones críticas en las negociaciones con nuestros vecinos, la violencia política vuelve a asomar su cabeza en la sociedad israelí. Hace sólo un mes fracasó, milagrosamente, un atentado contra la vida del profesor Zeev Sternhell, una figura prominente en el campo de la izquierda sionista israelí. Es un hecho muy preocupante. La democracia israelí no puede permitirse otro asesinato político.

A principios de la década de los años setenta, la primera ministra de Israel, Golda Meir, dijo: "El pueblo palestino no existe". Hace algunos meses, el primer ministro dimitido, Ehud Olmert, decía: "Si al lado de Israel no va a existir un Estado palestino independiente, Israel tampoco podrá existir como Estado judío y democrático".

Yitzhak Rabin tuvo un papel importante y central en este profundo cambio de percepción y en el recorrido que han hecho la opinión pública israelí y sus líderes en este lapso de tiempo. Rabin, nacido en Tel Aviv en 1922, no responde al "perfil clásico" de un hombre de paz. Fue un militar que luchó en

todas las guerras de Israel, desde la batalla por su independencia en 1948 hasta la Guerra de los Seis Días en 1967, en la cual ocupó el puesto de comandante en jefe de las Fuerzas Armadas bajo el Gobierno en el que Golda Meir ocupaba un puesto como ministra. Cuando ella llegó a primer ministro, él fue nombrado embajador en Estados Unidos y luego ministro de Trabajo en su Gabinete. No hay motivo para suponer que cuando ella dijo "el pueblo palestino no existe", él no estuviera de acuerdo con ella.

Pero Rabin tenía una virtud bastante infrecuente, que es la que diferencia a un político de un estadista: sabía cambiar. En su calidad de patriota israelí y sionista en algún momento entendió que la existencia de Israel como Estado judío y democrático requería un cambio drástico en las posiciones de Israel y es lo que le lleva a tomar la decisión de reconocer a la OLP y luego a la Autoridad Palestina.

Como en cualquier episodio histórico, es difícil saber qué hubiese pasado si las balas del asesino no hubieran segado su vida en el corazón de Tel Aviv. Pero una cosa está clara: el consenso que existe hoy en Israel en cuanto a la necesidad de un Estado palestino junto a Israel se consiguió en gran medida por la decisión de Rabin. Un consenso que en la actualidad abarca también sectores muy significativos de la derecha, que en su momento estaba contra la decisión de Rabin.

Trece años después del asesinato, se puede decir que la iniciativa de Yitzhak Rabin -dirigida a asegurar la existencia de Israel como Estado judío y democrático- sobrevivió a las balas de su asesino. Para sus compañeros de viaje, sus seguidores y quienes le recuerdan, esto debería servir, en cierta medida, de consuelo.

El País